



A partir del Concilio Vaticano II la Iglesia es más consciente de que ha sido llamada a manifestarse capaz de reflexionar sobre su papel en el mundo y, por tanto, a estar atenta en el escrutinio de los signos de los tiempos para responder a ellos de la manera más adecuada.

Nuestros obispos en Aparecida han declarado que “Los pueblos de América Latina y el Caribe viven hoy una realidad marcada por grandes cambios que afectan profundamente sus vidas... La novedad de estos cambios, a diferencia de los ocurridos en otras épocas, es que tienen un alcance global... La globalización es un fenómeno complejo que posee diversas dimensiones... Lamentablemente, la cara más extendida y exitosa de la globalización es su dimensión económica, que se sobrepone y condiciona a las otras dimensiones de la vida humana” (nn. 33, 34 y 61).

Una vez que en este momento la crisis económica se deja sentir en tragedias familiares por la pérdida de sus viviendas, en el empobrecimiento de más y más hermanos y en el crecimiento del número de quienes se ven excluidos de una vida digna, la reflexión desde la fe sobre esta realidad no es un lujo ni una opción, es una necesidad, es un reclamo de la sociedad y debe ser un fuego abrasador que impulse a los teólogos, a los agentes de pastoral y a todo hombre de buena voluntad para superar la indiferencia y desarrollar nuestro pensamiento crítico y creativo de manera que, como nos señala Caritas in veritate, la crisis nos obligue a revisar nuestro camino, a darnos nuevas reglas y a encontrar nuevas formas de compromiso, a apoyarnos en las experiencias positivas y a rechazar las negativas. (n. 21).

El presente número de nuestra revista, con el tema “Economía y desarrollo solidario”, ofrece algunos elementos de reflexión teológico-pastoral con la pretensión de contribuir al discernimiento de la realidad que vivimos y apuntar algunos criterios para el compromiso de la acción. El primer artículo, sin dejar de tener como punto de referencia la fe de su autor, hace énfasis en la presentación de elementos cuantitativos y cualitativos de la realidad económica que se vive en



nuestro Continente; los tres siguientes aportes nos permiten penetrar en los reclamos éticos de esta realidad y apuntan al desarrollo global y solidario del hombre y de la sociedad, meta a la que se ha de orientar la economía que, como todo campo de la actividad humana, debe regirse por la ética; el quinto artículo nos deja ver que el desafío de buscar formas alternativas al sistema imperante es también una exigencia al interno de la vida de la Iglesia; finalmente, el último aporte nos permite una reflexión filosófica y teológica desde Caritas in veritate que destaca la urgencia de los desafíos que plantea la realidad actual y orienta la búsqueda de nuevas formas de compromiso solidario.

Dado que vivimos una época en que los cambios son vertiginosos, los datos económicos son cambiantes y no reflejan sino instantáneas de la realidad; sin embargo, ellos nos permiten reconocer las grandes tendencias que desafían nuestro entendimiento y estimulan nuestra creatividad a fin de que, desde el espíritu de la solidaridad, aportemos nuestro servicio para que nuestros pueblos en Jesucristo tengan vida. No hay que perder de vista que la salvación, que en el orden ontológico consiste en entrar en la comunión de vida divina, se expresa históricamente en la dimensión comunitaria, inseparable de una praxis social y política en el más amplio y comprometido de sus sentidos; no hay que olvidar que, así como la acción salvífica de Jesucristo no se entiende sino desde Jesús que se revela en la historia, así el ejercicio de su acción salvadora que ha de actualizar la Iglesia no se realiza sino desde su inserción comprometida en la historia de nuestros pueblos.